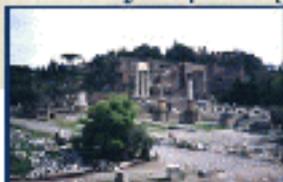


Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL DE
CERVANTES



Etruscos. Dioses y hombres **José María Blázquez Martínez**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Otras ediciones en: *Historia 16* n.º 40, 1979, 74-78. Versión digital por cortesía del editor (*Historia 16. Madrid*) y del autor, como parte de su *Obra Completa*, bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Etruscos. Dioses y hombres

José María Blázquez Martínez

[-74→]

La religión ha sido uno de los aspectos de la cultura etrusca que más ha cautivado la atención del gran público y de los investigadores modernos. Baste recordar los dos voluminosos libros de Dumezil y A. Pfiffig consagrados a la religión etrusca, que han aparecido recientemente.

Los etruscos tuvieron ya entre los escritores de la Antigüedad fama de ser un pueblo muy religioso. El gran historiador latino, contemporáneo de Augusto, Tito Livio, afirma tajantemente que entre todos los pueblos de la tierra eran los etruscos los

más dados a las prácticas religiosas, y Arnobio, escritor cristiano de la Baja Antigüedad, llamó a Etruria la madre de todas las supersticiones. Los autores modernos que han estudiado la religión, como Ciemen, Giglioli, Grenier, Herbig, etc., han compartido la opinión de que los etruscos fueron, entre todos los pueblos del mundo antiguo, el más inclinado a la religión.

El moderno investigador dispone de varios tipos de fuentes para el conocimiento de la religiosidad etrusca que se pueden calificar de directas, ya que se remontan a los mismos etruscos. Tales son, por ejemplo, los textos religiosos etruscos rituales del llamado *líber linteus* de la momia de Agram (Zagreb), escrito sobre un sudario que envuelve el cuerpo de una momia. Se trata del único texto de carácter literario que está próximo, por su contenido, a los escritos sagrados etruscos llevados a Egipto o redactados allí por emigrantes etruscos en época helenística o romana. A este importante documento hay que añadir, con el mismo carácter, la teja de Capua. En este grupo entran también varios objetos con inscripciones religiosas, como el hígado en bronce de Piacenza; los monumentos figurativos: imágenes de las divinidades y pinturas en las que aparecen dioses o escenas relacionadas con la religión y algunas representaciones incisas sobre espejos. También han llegado a nosotros, en **[-74→75-]** mejor o peor estado de conservación, restos de lugares de culto. Completan el panorama que se desprende de estas fuentes, las noticias recogidas por los escritores griegos y latinos, de época imperial o de finales de la Antigüedad. Los romanos de la época del Imperio prestaron una gran atención al conocimiento de la religión etrusca, debido al gran influjo que ésta ejer-



Izquierda: *Apolo (templo de Faleris, siglo III a.C.)*.
Derecha: *Apolo de Veyes (siglo V a.C.)*



Izquierda: *Hermes de Veyes* (siglo V a.C.). Derecha: *Medusa* (siglo VI a.C.)

ció sobre la religión romana. Los datos transmitidos por los escritores, que vivieron en época imperial o por autores cristianos, como el apologista Arnobio, deben ser utilizados con cierta cautela, pues pueden encontrarse contaminados con concepciones tomadas de la religión griega o de la cristiana. Un ejemplo bien expresivo es la noticia transmitida por Suida, que es un léxico bizantino sobre la Antigüedad de la creencia etrusca de que el mundo fue creado en seis

milenios, dato que por su semejanza con la cosmogonía bíblica ofrece una contaminación de ideas etruscas y judías.

Se tiene noticia de una abundante literatura religiosa etrusca, que se hacía remontar al héroe Tagete de Tarquinia, pero toda ella se ha perdido. Estos tratados recibían diferentes nombres, según su contenido, y así se llamaban *libri fatales*, *fulgurales*, *haruspicini* y *rituales*. En parte se puede reconstruir o conocer su contenido a través de Cicerón, Livio, Séneca o Plinio el Viejo, autores que se interesaron por la religión etrusca, o a través de comentaristas, de Virgilio, como Servio Mauro Onorato, autor que vivió en el siglo IV a.C.

Para el conocimiento del panteón etrusco dispone el estudioso de dos documentos excepcionales: el citado hígado de bronce de Piacenza, subdividido en compartimentos, con los nombres de los dioses, que tiene una correspondencia en la división del cielo hecha por los etruscos, con sus divinos habitantes, según los testimonios del naturalista latino Plinio y de Marciano Capella. El espacio sagrado estaba subdividido [-75→76-] según el concepto latino, que se expresaba con el término templo. Este concepto era aplicable lo mismo al cielo que a una ciudad, a una necrópolis o a un santuario, ya que subsistían las condiciones de orientación y de reparto de un espacio sagrado, según el modelo celeste.

EL PANTEÓN ETRUSCO

Los cuatro puntos cardinales determinaban la orientación y estaban unidos por unas líneas que, a imitación de la urbanística de la agrimensura romana, se llamaban: la Norte-Sur, *cardo*, y la Este-Oeste, *decumanus*. La bóveda celeste se subdividía de este modo en dieciséis partes, que eran las moradas de diferentes divinidades. Este esquema es el mismo que repite el hígado de Piacenza. Entre los dioses, de los dieciséis campos celestes, citados por Marciano Capella, y los nombres de los dioses escritos en el hígado de bronce, existen evidentes correspondencias, pero no una repetición absoluta, debido probablemente a la alteración de las fuentes utilizadas por el escritor del Bajo Imperio. Se obtiene, sin embargo, un cuadro aproximado de la ubicación cósmica de los dioses, según la religión etrusca. Así, en el sector celeste noreste se sitúan los grandes dioses superiores, dioses bien individualizados, tales como Júpiter, los Consentí, los Lares, Jano, Juno, Marte y Minerva. Los dioses de la tierra y de la naturaleza, tales como Silvano, Baco, el Sol y Vulcano, se localizan hacia el mediodía. Los grandes dioses infernales y del hado, como Fortuna, y los dioses Manes y Saturno, habitaban la región del poniente.

Estos dos documentos del panteón etrusco están concebidos en función de los augurios, a los que fueron muy dados los etruscos. La posición de las señales del cielo (prodigios celestes, vuelo de las aves y rayos) indica qué dios enviaba el mensaje a los hombres y si éste era bueno o de mal augurio.

Los dioses se agrupaban en tres categorías. La primera está formada por dioses cuyos nombres son típicamente etruscos. La suprema divinidad celeste se llamaba *Tinia* y equivalía al Zeus de los griegos. *Turan*, palabra que significa «la Señora», era Afrodita o Venus. *Fufnus* era LÍber. *Turms* equivalía al Mercurio de los romanos, incluso se le representaba con los atributos del dios griego, el sombrero llamado petasos, los zapatos alados y el caduceo. *Sethlaus* tenía el mismo carácter que el Vulcano griego; como tal dios era venerado en centros industriales, como Populonia. Los dioses celestes, el Sol y la Luna, recibían los nombres de *Cautha* y de *Tiv*, respectivamente.

VIEJOS DIOSES

Otros dioses venerados por los etruscos no tenían correspondencia con los nombres del panteón grecorromano. Alguno de ellos, citados en el hígado de Piacenza, como la diosa *Cilen*, representada con alas y ricamente adornada, se la encuentra de nuevo en un espejo con la escena del nacimiento de Minerva, hallado en Palestrina. A este grupo pertenecen *Leta*, divinidad guerrera y de la muerte, y *Larum*, dios guerrero, mencionado en la teja de Capua. Un grupo importante del ciclo *Turan* estaba compuesto por seres divinos de carácter inferior. Se les representaba como bellas muchachas, total o parcialmente desnudas y con alas. Recibían el nombre de *Lasa*. Próximos a ellas se encontraban genios masculinos, como *Aminth*, que tenía la forma de Eros. Otros nombres de divinidades etruscas aparecen en escenas de diferentes mitos helénicos. En un espejo, donde se representa el Juicio de París, tres diosas etruscas sustituyen a las griegas: *Euturpe* a Minerva, *Thalna* a Juno y *Altria* a Venus. La mayoría de estos seres divinos, genios o similares, se conocen por sus imágenes sobre los espejos. Con frecuencia aparece el nombre escrito junto a ellos. En muchos casos es imposible, sin embargo, su identificación.

El tercer conjunto de divinidades está integrado por dioses cuyo nombre es idéntico al griego o latino, como Minerva, *Menrva* en etrusco. Es una diosa del rayo, alada, que avanza a grandes pasos en un espejo. Se la identifica con Athena en todos los mitos en la que participa la diosa griega, como en su nacimiento de la cabeza de Zeus. *Uni* correspondía a la Juno de los romanos o a la Hera de los griegos. Junto con *Tinia* y con la diosa anterior formaba parte de la gran terna de dioses etruscos, equivalente a la griega o romana, compuesto por Júpiter, Minerva y Juno. Su culto se extendió, principalmente, por Etruria meridional, pues fue la protectora de los veyentes y de los faliscos. En Veyes se consagró a su culto, en una fecha tan temprana como el siglo VI a.C., un templo sobre la acrópolis de la ciudad. Su imagen, que era de madera, fue transportada años después a Roma, con gran solemnidad y colocada en un nuevo templo, dedicado a su culto, levantado en el monte Aventino. Contó también con un celeberrimo santuario en Falerii, al que iban en peregrinación los sabios. *Maris* era Marte, representado, a [-76→77-] veces, como un niño y con alas. Este Marte etrusco no era el hijo de Juno y de Zeus. Otros dioses helénicos que recibieron culto en Etruria fueron *Latva* (Latona), *Aplu* (Apolo) y *Artume* (Artemis). Apolo participa en muchas representaciones de mitos, como en la estatua de Vulca de Veyo, la obra cumbre de la estatuaria etrusca, donde compite con Heracles por la posesión de la cierva. Una región, donde el mar tuvo siempre una gran importancia, como Etruria, no podía menos de venerar a Neptuno, *Nethuns*. Sobre los espejos etruscos se le representa con los atributos de Poseidón. Plinio atestigua la existencia de un culto a Saturno en Etruria.

Todos estos dioses y otros varios que se podrían añadir a esta lista nos permiten obtener una visión perfecta de la religiosidad etrusca en lo referente a su concepción y en su forma primitiva. La cultura griega influyó poderosamente en la etrusca dejando una huella profunda en la religión, sobre todo en la mitología. Esta influencia es bien patente en el modo de concebir la divinidad y en su representación. Es característico de la religión etrusca la creencia en la existencia de seres sobrenaturales, pero esta creencia está dominada por una cierta imprecisión en su número, sexo, apariencia y cualidad. De esta imprecisión ha deducido M. Pallottino, uno de los mejores conocedores de la cultura etrusca, que existió la creencia, en los tiempos más antiguos, en una entidad divina, dominadora del mundo a través de manifestaciones ocasionales y múltiples que se concretaba en dioses, grupos de dioses o de espíritus.

EL MODELO GRIEGO

Algunos estudiosos de la religión etrusca han pensado que los grandes dioses etruscos han sido creados bajo el influjo griego, partiendo de una vaga e imprecisa religiosidad primitiva, en la que predominaban formas fetichistas o animistas, pero esta hipótesis no tiene visos de probabilidad, pues la formación de la cultura etrusca requirió una lenta elaboración y una mezcla de diferentes elementos culturales, desde hacía siglos, que no arranca de la cultura vilanoviana. La existencia de un dios supremo, de carácter celeste, que utiliza el rayo para expresar a los hombres su voluntad, no puede deberse a influjos exteriores. Del mismo modo, a la diosa del Amor, *Turan*, se la encuentra venerada en todo el ámbito del Mediterráneo. Probablemente se dio siempre en la religión etrusca cierto arcaísmo, que [-77→78-] hizo que se conservaran formas religiosas ya desaparecidas o en trance de extinción en otras religiones mediterráneas.

El modelo griego favoreció, sin duda, el proceso de individualización y de humanización de los dioses etruscos, proporcionando los símbolos a los dioses más importantes, convirtiendo en dioses nacionales los héroes locales y agrupando a los genios que tenían análogas características. De este modo, los espíritus protectores de la guerra se fusionaron en una divinidad única. *Marte*, bajo el modelo del Ares griego.

La antropomorfización de los dioses etruscos se originó por influjo griego. Los grandes dioses etruscos y sus atributos se adaptaron al canon helénico. Este mismo fenómeno se repitió en el culto y en los mitos. En el famoso santuario de Pyrgi, a juzgar por las inscripciones sobre láminas de oro, fechadas en torno al 500 a.C., la diosa local, *Uni*, se identificaba con la *Ilizia* o con la *Leucothea* griega y con la *Astarté* fenicia.

Característica del panteón etrusco es, pues, su variedad y complejidad, donde junto a los grandes dioses, influidos por la religión griega, conviven seres y concepciones indígenas, cuyo número y nombre, en opinión de Varrón, eran desconocidas.

RITOS Y CREENCIAS

Las normas que regulan las relaciones entre los hombres y los dioses, es decir, la llamada disciplina, constituyen la parte más original de la religiosidad etrusca. Su finalidad es la búsqueda escrupulosa de la voluntad divina, manifestada a través de diferentes medios, de los que el más conocido es la interpretación de las vísceras de los animales, generalmente el hígado (aruspicina) y la interpretación de los rayos. Según afirmación de Plinio y de Arnobio era característico de Etruria la creencia en nueve dioses que lanzaban rayos, de los que *Tinia*, *Uni* y *Menrva* eran los de mayor categoría. Los restantes eran *Vulcano*, *Marte*, *Saturno* y otros tres, cuyos nombres se ignoran.

Este procedimiento de conocer la voluntad de los dioses es diverso del seguido por romanos y umbros, que utilizaban la observación del vuelo de los aves (auspicio).

La aruspicina no es exclusiva de los etruscos; tiene sus precedentes en Mesopotamia y en el norte de Siria. La disciplina regulaba minuciosamente los rituales seguidos en los sacrificios, las ceremonias de culto y las creencias y ceremonias referentes a la vida de ultratumba. La aruspicina etrusca, según la tradición, fue creada por [-78→79-] Tagate, que nació en Tarquinia del surco de la tierra movida por un arado. Un espejo etrusco del Museo Arqueológico de Florencia, fechado en la primera mitad del siglo III a.C., describe una escena de aruspicina en la que Tagate examina atentamente un hígado, cuyas diferentes zonas están señaladas. Un hombre, apoyado en un bastón, sigue la ceremonia. Ambos visten el traje típico de los arúspices. Entre ellos está colocada una dama. La escena se sitúa al aire libre, en un terreno accidentado y lleno de vegetación. El sol sale detrás de una montaña. En lo alto del cielo se encuentra la Aurora. Se interpreta esta escena como

un arúspice que examina un hígado en presencia de tres personajes importantes, de los que uno es Tarconte, que fue también, posiblemente, un arúspice. No sólo se examinaba el hígado, sino otras vísceras, como el corazón. El atuendo del arúspice es conocido por una estatuilla del Museo Vaticano, datado en el siglo IV a.C., y por el citado espejo de Florencia. Llevaban los arúspices un manto de lana, sujeto al



Consulta a un sacerdote (de las «Placas Bocca Nuova», Cerveteri, siglo VI a.C., Museo Británico)

pecho con una fíbula de tipo arcaico. Cubrían su cabeza con un bonete cilíndrico de lana que terminaba en punta. La ceremonia requería apoyar un pie sobre una roca. Los arúspices pertenecían a las mejores familias de Etruria y en Roma solían ser etruscos.

Cicerón afirma de los etruscos que eran arúspices o fulgurateres, y que también interpretaban prodigios de muy variado tipo: lluvia de piedras, de sangre o de leche, nacimientos de monstruos animales o humanos, terremotos, aparición de cometas, etcétera.

La importancia de todos estos fenómenos estriba en la visión del mundo de los dioses y de los hombres que de ellos se desprende. Estos dos mundos se relacionan íntimamente en la concepción religiosa etrusca. Como afirma Pallottino, cielo y tierra, realidad supra-racional y realidad natural, macrocosmo y microcosmo se corresponden mediante secretos reclamos dentro de un sistema unitario.

En las concepciones, en las prácticas y en las manifestaciones rituales etruscas se tiene la impresión de que priva un abandono de la actividad espiritual humana frente a la acción y voluntad de la divinidad. De un lado, está el conocimiento de la voluntad divina mediante prácticas adivinatorias, y de otra, una minuciosidad en el culto. La religión etrusca no parece que tuviera nunca un auténtico valor ético. Se caracterizó más bien por un formalismo rígido, al [-79→80-] menos al final de la historia etrusca, cuando

la clase sacerdotal procuró controlar la vida espiritual de la nación y la interpretación de la voluntad divina.

Las fuentes literarias, los testimonios monumentales y los textos etruscos permiten reconstruir la forma del culto y, en general, la vida religiosa. Algunos aspectos de la religiosidad etrusca no se diferencian sustancialmente de idénticas manifestaciones de la religión griega o romana.

Característica de la religión etrusca fue el uso de normas fijas que databan de muy antiguo, una preocupación por los ritos y por los sacrificios de carácter expiatorio, lo que responde a un sentimiento de subordinación del hombre ante la divinidad y presupone la fe ciega en la eficacia mágica del rito. En la religión etrusca, los actos de culto estaban bien determinados, así como todo lo referente a templos, personas y ritos.

Los templos contenían las imágenes de los dioses. Existían también recintos sagrados con altares y edificios religiosos, como la necrópolis de Marzabotto, del siglo VI a.C. Con cierta frecuencia, los edificios de culto eran orientados en dirección sur o suroeste. Las fiestas y las ceremonias estaban, asimismo, minuciosamente reguladas en los *libri rituales*, que trataban de la interpretación de los prodigios de la vida de ultratumba y daban normas, referentes al Estado, a la constitución, al derecho, etc. Los *libri fatales* trataban de las normas propiamente dichas de la teoría sobre la vida del individuo y sobre el Estado. Ha llegado a nosotros un ritual, escrito en lengua etrusca, en el sudario de la momia de Agram (Zagreb), que es un verdadero calendario etrusco con la indicación de los meses y los días en los que hay que celebrar las ceremonias descritas.

Otros calendarios litúrgicos debían estar redactados siguiendo los modelos romanos. Contenían, seguramente, los días de las fiestas y el nombre del dios al que estaban dedicados. El calendario etrusco debía ser parecido al calendario romano anterior a César.

LA FUENTE MEDITERRÁNEA

En la religión etrusca, como en todas las del Mediterráneo antiguo, se ofrecía a sus dioses animales sacrificados sobre las aras y, muy probablemente, en la época más primitiva, también hombres, sacrificios humanos repetidos en circunstancias excepcionales, como cuando, según dato transmitido por el historiador Diodoro, fueron muertos en el foro de Tarquinia los prisioneros romanos.

Pocos son los monumentos conocidos que representan escenas de culto. Entre ellos destacan un espejo, conservado en la Biblioteca Nacional de París, datado hacia el año 500 a.C., donde dos devotos, un varón desnudo y una dama vestida con túnica larga, junto a un altar, invocan a *Usil* (Sol), representado por un disco con rayas. Algo más antiguo, hacia 530 a.C., es la lastra de Caere, conservada en el Museo del Louvre, en la que se pintó un personaje sentado, ricamente vestido, al pie de una basa en forma de altar, que está coronada por la estatua de una diosa. A los pies del varón se encuentra una serpiente. Escenas de sacrificios de animales se representaron en las láminas de bronce, halladas en Bornarzo, fechadas poco después del 500 a.C., hoy en el Museo Vaticano y en el de Villa Giulia de Roma.

Varias símulas describen gráficamente ceremonias religiosas, como una de Chiusi, de finales del siglo VII a.C., donde en una procesión participan flautistas, siervos, canéforas, jinetes, guerreros y hombres que conducen las víctimas para los sacrificios. La plegaria, la música y la danza desempeñaban también un papel importante en el culto etrusco. Los dones ofrecidos a los santuarios, en acción de gracias por favores recibidos o que se trataba de obtener, eran muy variados: estatuas de bronce, de piedra o en terra-

cota, imágenes de dioses o de fieles, miembros humanos, armas, vasos fabricados en cerámica o en bronce, etc.; frecuentemente, llevaban dedicatorias sobre ellos. Todos estos objetos indican la existencia de una profunda religiosidad popular y que, junto a los templos, se desarrolló una artesanía muy floreciente de los más variados objetos votivos.

Sobre la naturaleza y organización del sacerdocio etrusco ofrece alguna luz la comparación con el itálico o el romano, del que se está bien informado. Es seguro que estaba especializado en diferentes funciones, que se relacionaba con las magistraturas públicas y se agrupaba en colegios. El nombre etrusco del sacerdote era *cepen*, término que aparece con frecuencia en los textos etruscos, seguido de un atributo que determina la esfera, en la que se ejerce la función sacerdotal. Una clase especial de sacerdotes eran los arúspices. El atributo más usado por los sacerdotes era el «lituo», bastón curvo en un extremo que llevan también los jueces de las competiciones deportivas siempre con un carácter religioso. El culto tenía por objeto, frecuentemente, la finalidad de conocer la voluntad de los dioses, invocar su ayuda y obtener el perdón.